

## MIS CONVERSACIONES CON EL GENERAL PERON

**E**N mis conversaciones con el general Perón durante las horas que él, teóricamente, dedica al descanso y que en realidad consume en el estudio y la meditación, hay un común denominador siempre presente y siempre consultado. Es el pueblo. El pueblo en su expresión total, que abarca desde la niñez a la ancianidad y desde el obrero calificado, pieza fundamental en las vanguardias que están forjando la independencia económica de la Patria, hasta el último paria rural que aguarda, esperanzado, saciar en las fuentes de la Revolución, que inspira y dirige nuestro líder, su vieja sed de tierras que ningún gobierno ni ningún partido supo mitigar.

Está presente el pueblo, repito, en esas conversaciones, porque él y sólo él las inspira y las determina. Y está presente con naturalidad que surge de su propio derecho y del profundo amor que por su causa y su dignificación progresista siente y transmite a cuantos se le acercan a él. Y esto no puede extrañar al pueblo mismo. Para el general Perón, el pueblo, con la Patria, es la razón superior de todos sus afanes, de todos sus esfuerzos y de todas sus alegrías, la cantera inagotable e inagotada que a fuerza de trabajo y de producción está ahondando los cimientos de esta Nueva Argentina, ejemplo de justicia, de solidaridad y de fraternidad. Y para mí, he de repetirlo una vez más, el pueblo es el hermano cuyo millón de bocas y cuyo millón de brazos me dió otra vez, aquel día glorioso de Octubre, al Líder, al maestro y al compañero.

\*

Yo he visto, orgullosa y emocionada, esa presencia constante del pueblo en la vida hogareña del presidente de los argentinos, y ésa es una de las razones para que cada día confíe más en mi patria, en mi líder y en mi gente. Porque mi patria, bendita entre todas para mí, está inseparablemente unida a mi pueblo en la acción de nuestro líder. Patria y pueblo son conceptos que sólo los extremismos, de derecha o de izquierda, conciben separar. Patria sin pueblo fué la fórmula que justificó la vergüenza oligárquica, que vendió el patrimonio de la primera y entregó el sudor del segundo a un precio vil y a cambio del triste privilegio de servir de ca-

pataz al imperialismo; pueblo sin patria es el objetivo inconfesado de ese socialismo dialectizante, que a fuerza de dialéctica, de ignorancia de lo nacional y de repetida mala fe, se unió a la oligarquía y al capitalismo foráneo en la empresa ruin de negar la mayoría de edad de los argentinos cuando éstos, llamados por el general Perón, tuvieron que gritar a todos sus enemigos coligados, del interior y del exterior, que iban a ser dueños de su propio destino. Pueblo dignificado, política, económica y socialmente hablando, en una patria grande, próspera, feliz y soberana y en un mundo de paz y de cooperación, es nuestro objetivo. Y porque ésa es nuestra respuesta a los extremismos, el pueblo está presente en nuestro hogar a través de toda la representación de sus gamas productoras y esperanzadas.

Hay, pues, un tema permanente, pero sin monotonía, en mis conversaciones con el general Perón. Es el pueblo. Es su vida, antes ignoraba y postergada siempre y ahora como razón determinante de esa justicia social que nuestro líder elevó a pasión nacional y que nada ni nadie se atreverá a negar jamás en el porvenir inmediato o lejano; es la vida, la educación, la capacitación y el porvenir de sus hijos — hijos del pueblo y por eso mismo vanguardias de la nacionalidad — para los que el general Perón ha creado las nuevas escuelas-fábricas y escuelas-talleres donde se imparte la educación profesional; son los obreros, que participan del resultado de su trabajo en una proporción que pone a nuestro país como ejemplo para todos los trabajadores del mundo; son los campesinos, que van conquistando el derecho a pisar tierras propias, que serán de sus hijos, y harán la grandeza de la Nación; son las mujeres, que teníamos todos los deberes y ninguno de los derechos cívicos, transformadas, por esfuerzo propio y voluntad de nuestro líder, en ciudadanas capacitadas para participar en el reordenamiento nacional. Es el pueblo en su totalidad y en su síntesis, en sus entusiasmos, en sus luchas y esperanzas — por los obreros organizados y conscientes de su misión en la sociedad moderna, por sus campesinos liberados de los “trusts” y del capitalismo foráneo, por sus arrendatarios amparados contra la plaga de los desalojos y de la explotación, por su agro progresivamente entregado a los mismos productores, por sus mujeres ciudadanizadas, por sus hijos capacitados y por sus vanguardias descamisadas, síntesis creadora y combatiente del espíritu popular — quien tiene una presencia constante en la vida hogareña del presidente de los argentinos.

Yo he podido sentir en esas conversaciones la ternura del general Perón por los desamparados de mi patria, con la misma claridad con que he sentido su confianza y su entusiasmo por los trabajadores de la Nación. Y más aun. Todo lo que he tenido la felicidad de hacer por ellos — que no es nada ante lo que aspiro a hacer y ellos merecen — tienen en su ternura y en su solidaridad el empuje más fecundo y constructivo. “Yo soy el presidente de todos los argentinos” ha repetido el líder cada vez que alargó la mano generosa y limpia que sólo el resentimiento no ha sabido

estrechar. Y en esa totalidad nacional están involucrados también los desamparados o los que lo fueron hasta ayer. Los niños, material y moralmente encauzados hacia destinos superiores; los incapacitados de trabajar; los ancianos, cuyo atardecer se hará digno de su vida de trabajo en bien de todos, antes perjudicados por la insensibilidad social de ese pasado que hemos superado.

En mis conversaciones con el general Perón, el pueblo es el sujeto y su felicidad el atributo. Y el verbo, ejecutivo y realizador, es él, líder de los trabajadores, conductor de la juventud y soldado incansable de la grandeza nacional.